

# La Hoja

El hombre se arrastró por entre el bosque, agarrado de la tierra y del pasto, pues le parecía que la escasa humedad sanaba sus labios cuarteados por el calor de la atmósfera. Era un año caluroso. El vapor emanaba desde las raíces, creando una niebla espesa que cubría las hectáreas del parque, mientras al otro lado de usme; una hoja de árbol se desataba de su tallo, volando, pasando por carros oxidados, por casas con pintura corroída, por tanques agujerados, incluso por comercios vacíos, hasta posarse en los nidos de mirlas que silbaban en un mar de confusión por la vista obstruida del cantarrana. El río, seguramente, se estaba disipando, dejando a la deriva un sinfín de piedras acuáticas de diversos tamaños rodeadas de musgo seco y algas opacas, pero el hombre no tenía más que el deseo de sumergir su cabeza en el agua. Tal vez si escarbaba en el fango; un charco se asomaría con determinación, reusado a mezclarse en lodo. Esperando, quizás, a las torcazas o a un sirilí. Pero no había más que tierra seca.

Un olor a azufre y gas entraron en las fosas nasales de aquel moribundo ensangrentado, haciéndolo vomitar un cauce pedregoso masticado y digerido horas antes.

Al levantar la mano para seguir con su camino remolcándose en el suelo; sintió un hoyo lleno de líquido verde que tomó con ambas manos para humedecerse el rostro y repelar la piel levantada de sus brazos y piernas. Acurrucado gritó, por el dolor del jalón. No debía ponerse en pie, se deshidrataría con rapidez y la niebla tóxica le haría alucinar, así que siguió arrastrándose, moderando la respiración, masticando pasto seco para vendar los raspones. Naturalmente, los pájaros dejaron de silbar y rescalaban hasta los picos de los árboles, huyendo de la niebla. Horrorizados y sedientos, porque el mundo entero se había esfumado, excepto su basura.

Al atardecer, el hombre se encontraba a un metro de río, creyéndolo vacío, cuando la hoja, de pronto, terminó su vuelo, y cayó, creando ondas de agua cristalina suaves y sutiles. El hombre levantó la cabeza, analizando el terreno. Aturdido de alegría, vio el reflejo de aquella hoja verde y viva. De un brinco se sumergió en el agua, nadando boca arriba, boca abajo, dando zancadas y de sapito. Agarró la hoja con delicadeza y con ella tomó un poco de agua que bebió y repitió una, dos, tres veces, aliviado de poder aclarar la garganta. Al darse la vuelta una codorniz pequeña lo miró, parada en la orilla del río. Y con un silbido preguntó: -¿Y ahora qué?-